

de la desesperación y que fué a perderse lúgubre, solitaria, desolada, en el corazón de las selvas; todo había concluído; el cuerpo de Antonio no era más que un cadáver que, al extremo de una sogá, oscilaba encima del precipicio.

Láisa permaneció inmóvil por breve espacio, mirando el cada vez más pausado movimiento de vibración de la cuerda, y cuando ésta trazó sobre el azul del firmamento una línea perpendicular, prestó oído atento para escuchar los ladridos del perro, que ya no se hallaba más que a unos quinientos pasos de la caverna, y, levantando del suelo su fusil, se volvió hacia los negros y les dijo:

—Ya estamos vengados, amigos míos; ahora podemos morir.

Y precediéndoles con paso acelerado, se encaminó con ellos a las trincheras.

XXVI

CAZA DE NEGROS

Láisa no se engañó: el perro, al seguir las huellas de su amo, condujo derechamente a los ingleses a la boca de la caverna, y, llegado a ella, se lanzó en medio de los brezos y se puso a rascar y a morder las piedras, dando con ello a comprender a los ingleses que aquel era el término de su expedición.

Al punto adelantáronse algunos soldados provistos de picos, y poco después quedó abierto en el muro un boquete por el cual podía pasar un hombre.

Un soldado metió el cuerpo por la abertura para inspeccionarla, e inmediatamente cayó con el pecho atravesado por una bala de fusil; otro soldado sucedió al primero, y corrió igual suerte, y otro murió también tras el segundo.

Era patente que los sublevados, al dar ellos mismos la señal de ataque, estaban resueltos a una defensa desesperada.

Los asaltantes empezaron a tomar precauciones, y abrigándose cuanto pudieron, agrandaron la brecha a fin de que pudiesen pasar algunos de frente; luego redoblaron los tambores, y los granaderos entraron con la bayoneta calada. Era tal, sin embargo, la ventaja de la posición de los sitiados, que en un credo la brecha quedó sembrada de cadáveres, a los cuales hubo necesidad de retirar para hacer sitio a un nuevo asalto. Ahora los ingleses penetraron hasta el centro de la caverna, pero fué para perder todavía más hombres; abrigados tras la trinchera que Jorge hiciera construir, los negros, dirigidos por Pedro Munier y Láisa, disparaban sus fusiles a mansalva. Jorge, retenido por su herida, tendido en su choza, maldecía la inactividad a que estaba reducido; el olor a pólvora que lo envolvía, el traquido de los fusiles, el incesante taparapatán de los tambores ingleses, le daban la ardiente calentura de la lucha, calentura que hace que el hombre se juegue la vida porque sí. Pero ahora era muy distinto, no era una causa extraña la que se debatía, ni el capricho de un rey, ni el honor de una nación, sino su propia causa, causa defendida por los negros. Así es que el joven mulato, el hombre de corazón animoso, el hombre emprendedor, al ver que ni en la acción ni en el consejo nada podía, mordía el colchón sobre el cual estaba tendido y lloraba de rabia.

Los ingleses, en el segundo ataque, al llegar al

centro de la caverna hicieron algunas descargas contra las trincheras, y como la choza en la que Jorge estaba tendido se hallaba directamente situada tras aquéllas, dos o tres balas atravesaron silbando las paredes de follaje. Aquel ruido, que habría asustado a otro, consoló y enorgullecíó a Jorge. ¡Ah! también él corría peligro, y si no podía dar la muerte, a lo menos podía morir. Los ingleses suspendieron momentáneamente el ataque; pero era evidente que preparaban un nuevo asalto, pues se oía el resonar de los picos. En efecto, poco después se derrumbó parte de las paredes exteriores de la caverna, con lo cual quedó ensanchada en un doble la brecha, y a la luz de la luna viéronse brillar por tercera vez las bayonetas en la entrada de aquel recinto. Pedro Munier y Laísa cruzaron una mirada, como diciéndose uno a otro que ahora la lucha sería terrible.

—¿Cuál es el último recurso de usted?—preguntó Laísa.

—La caverna está minada—respondió el anciano.

—En este caso nos queda todavía una esperanza de salvación; en el momento decisivo haga usted lo que yo le diré, o no hay remedio para nosotros, pues con un herido toda retirada es imposible.

—Me haré matar junto a él—dijo Pedro Munier.

—Vale más que se salven ustedes los dos.

—¿Juntos?

—O por separado, poco importa.

—¡Oh! no, no me separaré de mi hijo.

—Sí, si no queda otra manera de salvarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya se lo explicaré a usted después—respondió Laísa. El cual, volviéndose hacia los negros, añadió:—Muchachos, ha llegado el momento supremo. Fuego sobre las casacas rojas y no perdáis

tiro; dentro de una hora escasearán la pólvora y las balas.

Tras estas palabras, rompióse el fuego.

Los negros, que suelen ser excelentes tiradores, cumplieron al pie de la letra la recomendación de Laísa, con lo cual empezaron a aclararse las filas de los ingleses, que a cada descarga iban estrechándolas con disciplina admirable y continuaban avanzando por el subterráneo sin disparar ni un tiro y como resueltos a apoderarse de las trincheras a la bayoneta.

La situación, grave para todos, lo era mucho más para Jorge, gracias a la inacción a que estaba condenado. El mulato primeramente se solivió sobre el codo, luego se arrodilló, y por último consiguió ponerse en pie; pero era tal su endeblez, que le pareció que la tierra se hundía bajo él, y vióse obligado a aferrar las manos en las ramas que lo rodeaban. A la par que reconocía el brío de aquellos hombres abnegados que corrían su suerte hasta el fin, no podía menos de admirar el valor frío e impasible de los ingleses, que seguían avanzando como en una parada, con verse constreñidos a cada paso a estrechar las filas. Jorge comprendió que ahora sus enemigos no retrocederían, y que dentro de cinco minutos, pese al vivísimo fuego que de ellas salía, llegarían a las trincheras. Entonces, al pensar que para él, obligado a ser espectador impasible de la lucha, todos aquellos hombres iban a hacerse matar, sintió como un remordimiento, e intentó avanzar un paso para arrojarle entre los combatientes y hacer que cesase la matanza, ya que, según toda probabilidad, era él el blanco de la persecución; pero conociendo que no podría recorrer ni el tercio de la distancia que lo separaba de los ingleses, alzó la voz cuanto pudo para incitar a los sitiados a que cesasen el

fuego; mas en vano: su voz, débil, se perdió en medio del estruendo de la fusilería. Por otra parte, Jorge vió en aquel momento a su padre levantarse, sacar la mitad del cuerpo fuera de la trinchera, empuñar una inflamada tea, avanzar al encuentro de los ingleses, y, en medio del fuego y del humo, acercar la antorcha al suelo, por el cual corrió al punto una como sierpe de llamas que se perdió en las profundidades de la tierra, que se estremeció y reventó con horroroso estrépito, abriendo a los pies de los ingleses un llameante volcán que hendió y derrumbó la bóveda de la caverna junto con las rocas que sobre ella descansaban. El subterráneo acababa de desaparecer en medio de los gritos del resto del regimiento, todavía al otro lado de la boca de entrada.

—No perdamos ni un segundo—dijo Laísa.

—¿Qué hay que hacer?—preguntó el padre de Jorge.

—Huya usted hacia Puerto Grande y vea de hallar asilo en un buque francés; yo me encargo del hijo de usted.

—Ya te dije que no me separaría de él.

—Pues yo digo que se separará; de quedarse usted a su lado lo pierde.

—¿Por qué?

—Porque los ingleses, con el perro de usted, seguirán a usted a todas partes, al corazón de las selvas y a lo profundo de las cavernas, con lo cual dicho se está que el señor Jorge no tardará en caer en manos de aquéllos. Si, al contrario, huye usted solo, creerán nuestros perseguidores que va usted acompañando a su hijo, y echarán tras usted, y tal vez le darán alcance. Ahora bien, mientras los ingleses persiguen a usted, yo, aprovechando la oscuridad de la noche, con cuatro hombres abnegados me llevo al señor Jorge por

otro lado, y nos internamos en las selvas que rodean el morro del Bambú. Si usted consigue ponerse en salvo, haga usted una fogata en la isla de los Pájaros, y nosotros descenderemos en una aimadía el río Grande, en cuya boca nos esperará usted con una chalupa.

Pedro Munier, que había escuchado atentamente al negro, con la mirada fija, suspendido el aliento y apretando las manos de aquél, le echó los brazos al cuello y exclamó:

—¡Laísa! ¡Laísa! te comprendo; no queda otro camino: toda la muta inglesa tras mí, y tú salvas a mi Jorge.

—O muero con él—repuso Laísa;—es cuanto puedo prometer a usted.

—Sé que cumplirás tu palabra—profirió Pedro Munier.—Deja que vaya a abrazar a mi hijo, y parto.

—No—dijo Laísa;— si usted lo ve, no querrá separarse de él, y si él sabe que usted se expone para salvarle la vida, no lo consentirá. Parta usted, parta usted.—Y volviéndose a los negros, añadió:—Seguidle; a mí me bastan cuatro hombres, los más membrudos, robustos y abnegados.

A estas palabras se presentaron hasta doce negros, y Laísa, luego que hubo escogido cuatro de ellos y al ver que Pedro Munier titubeaba, exclamó:

—¡Los ingleses! ¡los ingleses! dentro de un instante estarán aquí.

—¿Quedamos, pues, en que nos reuniremos en la boca del río Grande?—preguntó Pedro.

—Si no nos echan las manos o nos matan.

—¡Adiós, Jorge, adiós!—exclamó Pedro Munier, que, seguido de los negros que quedaban, se salió disparado hacia la montaña de los Criollos.

—Padre, ¿adónde va usted?—profirió Jorge,—

¿qué hace usted? ¿por qué no viene usted a morir con su hijo? Padre, aguárdeme.

Pero Pedro Munier estaba ya lejos, y estas últimas palabras, sobre todo, las vertió Jorge con voz tan débil, que el anciano no pudo oírlas.

Láisa voló al encuentro del herido, y lo halló arrodillado.

—¡ Padre!—susurró Jorge, cayendo desmayado.

Láisa no perdió segundo; aquel desmayo era casi una ventura, pues era indudable que Jorge, de estar en su cabal conocimiento, no hubiera querido disputar por más tiempo su vida a los que lo perseguían, por mirar como vergonzosa aquella huida aislada. Pero su endebles lo ponía a disposición de Láisa, el cual lo acostó en las angarillas y ordenó a los cuatro negros que cargasen con ellas y lo siguiesen. Láisa tomó hacia el arrabal de los Tres Ilotas, para desde allí y siguiendo el curso del río Grande, ganar el pico del Bambú; pero apenas se hubieron avanzado un cuarto de legua, cuando oyeron los ladridos del perro. Láisa hizo un ademán y los negros se detuvieron. Jorge continuaba desmayado, o a lo menos tan endeble, que parecía no prestar atención alguna a cuanto pasaba.

Sucedió lo previsto por Láisa; los ingleses habían escalado el recinto, y contaban servirse del perro para dar nuevamente alcance a los fugitivos.

Hubo un momento de angustia, durante el cual Láisa escuchó los ladridos del perro, ladridos que por espacio de algunos minutos no avanzaron ni retrocedieron, lo cual demostraba que el animal había llegado al teatro de la lucha; luego y por dos o tres veces los ladridos se acercaron; era que el can iba de las trincheras a la choza en que Jorge, herido, permaneciera tantas horas y en que su padre lo visitara; por último los ladridos se

alejaron hacia el sud, o sea en la dirección que tomara Pedro Munier. La astucia de Láisa había pues, salido bien; los cazadores, equivocándose de pista, seguían al padre y abandonaban al hijo.

La situación de que acababan de salir era tanto más grave, cuanto durante aquel brevísimo alto había amanecido y empezaba a aclararse la misteriosa oscuridad del bosque. Si Jorge hubiese estado sano y salvo, ágil y fuerte, como antes de que lo hirieran, el apuro habría sido menor, pues perseguidos y perseguidores hubieran empleado en igual proporción la astucia, el valor y la destreza; pero la herida de Jorge hacía desigual el partido, y Láisa no se forjaba ilusión alguna respecto de lo crítico de las circunstancias. Lo que más temía Láisa, empero, era que los ingleses hubiesen tomado por auxiliares a esclavos adiestrados en la caza de cimarrones, y les hubiesen prometido la libertad a cambio de apoderarse de Jorge. De ser así, Láisa perdía parte de su ventaja de hombre salvaje, frente a aquellos otros hombres, salvajes también, y para los cuales, como para él, ni la soledad tenía secretos, ni la noche misterios. Era, pues, urgente aprovechar el tiempo; así es que Láisa, en cuanto se hubieron borrado sus incertidumbres respecto de la dirección que habían tomado sus perseguidores, anudó su marcha hacia el este.

La selva ofrecía un aspecto singular; todos los animales parecían compartir la preocupación del hombre: el tiroteo que resonara durante toda la noche, había despertado a los pájaros en sus ramas, a los jabalíes en sus madrigueras, a los gamos en sus dormidas; todos estaban en pie, todos corrían de acá para allá despavoridos y como pábulos de vértigo.

Al cabo de dos horas de marcha fué menester

detenerse, pues los negros, sobre haber pasado la noche peleando, nada habían comido desde las cuatro de la tarde del día anterior.

Laisa se detuvo bajo las ruinas de una cabaña que indudablemente había servido aquella misma noche de refugio a negros cimarrones, pues al remover un montón de cenizas halló en ellas algunas brasas.

Tres de los cuatro negros se pusieron a cazar topos, y el cuarto se ocupó en reanimar el fuego mientras Laisa buscaba yerbas para renovar el apósito del herido.

Con ser portentosa la fortaleza física y moral de Jorge, el alma quedó vencida por la materia: el joven tenía fiebre, y deliraba, e ignorante de cuanto pasaba en torno de él, no podía ayudar con el consejo ni con la ejecución a los que se esforzaban en salvarlo. Con todo eso el nuevo apósito le procuró algún alivio.

En cuanto a Laisa, parecían no rezar con él las necesidades físicas de la naturaleza; después de sesenta horas de no dormir, como si no tuviese sueño; tras veinticuatro horas de no haber comido, como si no tuviese hambre.

Los negros regresaron uno a uno con seis u ocho topos para asarlos en la gran hoguera preparada por su compañero, hoguera cuya humareda causaba alguna inquietud a Laisa; pero el león de Anjuán calculó que no habiendo dejado a su espalda la más leve huella y encontrándose a lo menos a dos o tres leguas del teatro de la lucha, aun suponiendo que descubriesen el humo, lo sería por un punto bastante lejano para darles tiempo a la huida.

Preparado que hubieron la comida, los negros llamaron a Laisa, que no se había movido del lado de Jorge. Laisa se levantó, y al fijar la mirada en

el grupo al cual iba a llegarse, advirtió que uno de los negros había recibido en el muslo una herida de la que todavía manaba sangre. Toda seguridad era ya ilusoria, pues podían haberlos seguido como se sigue a un gamo herido, no porque los seguidores pudiesen haber sospechado la importancia de la captura, sino porque un prisionero, cualquiera que fuese, tenía demasiado valer para que los ingleses no hiciesen todo lo humanamente posible para procurárselo.

Al hacer Laisa esta reflexión y en el momento en que abría la boca para ordenar a sus cuatro negros acurrucados junto al fuego que se pusiesen nuevamente en marcha, de un grupo de árboles más espesos que el resto del bosque partió un vivo tiroteo, silbaron cinco o seis balas, y uno de los negros cayó de rostro sobre el fuego, mientras los otros tres se levantaban y echaban a correr, para caer uno a los cinco o seis pasos y otro a unos diez. Tan sólo el cuarto negro pudo huir sano y salvo y desaparecer en el bosque.

Laisa, al ver la humareda y al oír los fusilazos y el silbido de las balas, de un salto se puso junto a las angarillas de Jorge, tomó a éste en brazos, como pudiera haberlo hecho con un niño, y voló a la vez en dirección del bosque sin que su fardo fuese obstáculo a su carrera; pero al punto ocho o diez soldados ingleses guiados por cinco o seis negros salieron del grupo de árboles y echaron tras los fugitivos, en uno de los cuales habían conocido a Jorge, que ellos sabían estaba herido.

Como Laisa previera, la sangre había guiado a sus perseguidores, los cuales, llegados a medio tiro de fusil de la cabaña, habían apuntado sobre seguro, como lo prueba el que tres de los cuatro negros cayeron, si no muertos, a lo menos heridos.

Entonces empezó una carrera desesperada; por-

que con ser muchas las fuerzas y la agilidad de Laísa, era evidente que si no lograba sustraerse a las miradas de sus perseguidores, éstos acabarían por darle alcance; por desgracia el negro se hallaba entre dos extremos igualmente fatales: de internarse en el bosque podía éste hacerse tan cerrado, que le imposibilitase seguir adelante, y de meterse por los claros, se convertía en blanco de sus enemigos. Sin embargo, prefirió este último partido.

Durante los primeros minutos y gracias a la velocidad de su carrera, Laísa se halló casi fuera de tiro, y si no hubiese tenido que habérselas más que con los ingleses, indudablemente se hubiera sustraído a ellos; pero como, aunque tal vez a su pesar le perseguían los negros, a quienes los soldados obligaban a correr pinchándolos con sus bayonetas; y como los negros si no por entusiasmo, a lo menos por temor, volaban tras la caza humana, no había probabilidad de salvación.

De tiempo en tiempo y cuando al través de los árboles los ingleses descubrían a Laísa, resonaban algunos tiros, y las balas desfloraban los troncos en torno de él o araban la tierra bajo sus pies; pero como por encanto, bala alguna alcanzaba al león de Anjuán, que por decirlo así, aceleraba su carrera en razón del peligro a que acababa de sustraerse.

Por fin, perseguido y perseguidores llegaron a un claro desde el cual se descubría una cuesta empinada y casi descubierta coronada de un nuevo bosque. De llegar a lo alto de la cuesta, Laísa podía desaparecer tras alguna peña, deslizarse al fondo de alguna torrentera, y esconderse a la vista de los ingleses; pero también durante todo el intervalo que lo separaba de los árboles, Laísa quedaba al descubierto y expuesto a las descargas de los ingleses.

Con todo eso no cabía la vacilación: torcer a la izquierda o a la derecha era perder terreno, y si el acaso había hasta entonces favorecido a los fugitivos, podía continuar favoreciéndolos.

Laísa se disparó al claro, y los ingleses, comprendiendo la ventaja de poder hacer fuego al descubierto, redoblaron su velocidad, tanto, que al llegar al linde del bosque, Laísa no se hallaba más que a unos ciento cincuenta pasos de ellos.

Entonces los soldados, como obedeciendo a una orden, detuviéronse e hicieron fuego, aunque al parecer sin resultado, pues Laísa continuaba su carrera. Los ingleses, que tenían tiempo de cargar otra vez sus fusiles antes de que aquél hubiese desaparecido, lo efectuaron apresuradamente. Ello no obstante, durante esta operación Laísa les tomó una delantera enorme, siendo evidente que si escapaba de una segunda descarga y conseguía internarse sano y salvo en el bosque, todas las probabilidades estaban en su favor. Apenas lo separaban veinticinco pasos del linde del bosque, y, durante aquel breve alto, había ganado ciento cincuenta sobre sus perseguidores.

Laísa desapareció prontamente en una traspuesta; pero por desgracia la sinuosidad no se prolongaba a derecha ni a izquierda; ello no obstante aquél la siguió mientras pudo para desorientar a sus enemigos; pero al llegar al extremo de la pequeña torrentera, cuyo espaldón lo había protegido, vióse obligado a subir de nuevo el talud, y, por consiguiente, a reaparecer. En esto resonó una descarga cerrada, y a los cazadores de hombres les pareció que veían tambalear al fugitivo. En efecto, después de haber avanzado todavía algunos pasos, Laísa se detuvo, volvió a tambalearse, cayó sobre una rodilla, luego sobre las dos, puso en tierra a Jorge, que continuaba desmaya-

do, y, levantándose otra vez, se volvió de cara a los ingleses, tendió hacia ellos las manos con ademán de postrera amenaza y de maldición suprema, y tirando del cuchillo que al cinto llevaba, se lo clavó en el pecho hasta la empuñadura.

Los soldados echaron a correr, lanzando voces de alegría, hacia Laísa, que se mantuvo todavía por breve espacio en pie; luego cayó como árbol que se desarraiga; la hoja del cuchillo le había atravesado el corazón.

Al llegar junto a los fugitivos, los ingleses hallaron a Laísa muerto y moribundo a Jorge, que para no caer vivo en poder de sus enemigos se había arrancado el apósito que le cubría la herida, de la que manaba en abundancia la sangre.

En cuanto a Laísa, además de la cuchillada que él mismo se diera, una bala le había roto un muslo, y otra atravesándole de parte a parte el pecho.

XXVII

EL ENSAYO

Cuanto pasó durante los dos o tres días que siguieron a la catástrofe que acabamos de referir no dejó sino un vago recuerdo en la mente de Jorge, el cual, a causa del delirio, sólo tenía vagas percepciones que no le permitían calcular el tiempo ni eslabonar unos en otros los acaecimientos; pero cierta mañana, al despertar de terrible pesadilla, conoció que estaba en una cárcel, y vió junto a sí al cirujano mayor del regimiento que se hallaba de guarnición en Puerto Luis.

Con todo eso, al evocar sus recuerdos, Jorge

consiguió refrescar, a bulto, los acaecimientos, entreverlos, como entrevernos al través de la niebla lagos, montañas y bosques. Recordó el mulato su entrada en Moca, su partida con su padre; pero desde la llegada a los grandes bosques, todo era vago, indeterminado, como un sueño. Lo incontestable, positivo, fatal, era que se hallaba en poder de sus enemigos.

Jorge era demasiado desdefioso para hacer pregunta alguna, y demasiado altivo para solicitar el más pequeño servicio; así, pues, nada pudo saber de cuanto pasado había. Con todo, preocupábanle grandemente dos cosas, si su padre estaba en salvo, y si Sara continuaba amándole: pensamientos que llenaban por tal manera su sér, que no lo abandonaba el uno sino para hacer sitio al otro, cual dos incesantes mareas que alternativamente le combatiesen el corazón. Sin embargo, aquella borrasca del alma no se traslucía lo más mínimo en el aspecto del joven, que continuaba pálido, frío y tranquilo cual marmórea estatua, no sólo en presencia de los que lo visitaban, mas también ante sí mismo.

Cuando el herido se halló en estado de sostener un interrogatorio, el médico pasó aviso a la autoridad, y a la mañana siguiente se presentó en el calabozo del joven el juez de instrucción acompañado de un actuario.

Jorge, que aun no podía abandonar el lecho, recibió digna y atentamente a los dos agentes de la ley, e incorporándose declaró estar dispuesto a responder a cuantas preguntas le dirigiesen.

Nuestros lectores conocen demasiado el carácter de Jorge para pensar que ni por un instante se le hubiese ocurrido al mulato la idea de negar los hechos que le imputaban. Jorge no sólo respondió con la mayor veracidad a cuantas

preguntas le dirigieron, pero también se comprometió para cuando estuviere más rehecho, esto es, para el día siguiente, a dictar al actuario la historia especificada de la conspiración. El ofrecimiento era demasiado gracioso para que la justicia no lo aceptase.

Jorge tendía a dos fines al hacer tal proposición: activar el proceso y asumir toda la responsabilidad.

Al día siguiente volvieron al calabozo el juez y el actuario, a quienes Jorge hizo el relato ofrecido; pero el juez, al notar que el joven pasaba en silencio las proposiciones que Laísa le hiciera, le advirtió que omitía una circunstancia en su descargo, la cual circunstancia no podía recaer en persona alguna ya que Laísa estaba muerto.

Así fué como Jorge supo la muerte de Laísa y las circunstancias que acompañaron la muerte de éste, pues, como va dicho, para él toda aquella parte de su existencia había quedado en tinieblas.

Jorge no pronunció ni una vez el nombre de su padre, ni lo pronunciaron tampoco el juez y el actuario, y, con tanta mayor razón, como es de suponer, tampoco vertió el de Sara.

La declaración de Jorge excusaba todo otro interrogatorio; así, pues, el mulato no volvió a recibir más visita que la del médico. El cual, cierta mañana, al encontrar en pie a Jorge, le dijo:

—¿No le vedé que se levantase antes de algunos días? ¿No ve usted que está usted demasiado endeble?

—¡Cómo!—replicó el joven,—¿me hace usted la injuria de confundirme con los acusados vulgares, que retardan cuanto pueden el día del fallo, cuando lo que anhelo es acabar cuanto antes? Dígame usted, ¿usted cree, en conciencia, que vale la pena el que me cure usted tan cuidadosamente para morir? Con tal que me queden fuerzas

para subir decorosamente al patíbulo, nada más pueden exigir de mí los hombres, ni yo puedo pedir más a Dios.

—Pero ¿quién dice a usted que lo condenen a muerte?—replicó el médico.

—Mi conciencia—respondió Jorge:—he jugado un partido del que mi cabeza era la apuesta, y, pues he perdido, estoy pronto a pagar.

—No importa—arguyó el galeno,—lo que yo sé es que usted aun necesita que lo cuiden algunos días antes de exponerse a las fatigas de los debates y a las emociones del fallo.

Pese a las palabras del médico, Jorge escribió aquel mismo día al juez de instrucción, diciéndole estar completamente curado, y, por tanto, a disposición de la justicia.

Abierto, dos días después, el juicio, Jorge compareció ante sus jueces, y después de haber tendido en torno de sí una mirada de inquietud, vió con satisfacción que era él el único acusado. Luego miró con seguridad al público, y vió que, excepto los Malmedie y Sara, la ciudad en peso asistía a la audiencia.

Pocos de los presentes parecían compadecer al acusado; en los rostros de los más no se traslucía otra expresión que la del odio satisfecho.

Jorge, impávido y altivo como siempre, vestía gabán y corbata negros y chaleco y pantalones blancos, y ostentaba en el ojal las dos cintas de sus condecoraciones.

Por haberse negado el joven a toda defensa, diéronle abogado de oficio.

Jorge no se defendió, ciñóse únicamente a trazar la historia de su vida, sin callar que había venido a la isla de Francia con la intención de combatir a toda costa la preocupación que pesaba sobre los hombres de color. En cuanto a las causas que

habían acelerado la ejecución de su proyecto, no dijo palabra.

Uno de los magistrados le dirigió algunas preguntas respecto del señor de Malmedie; pero Jorge rogó que le permitiesen no responder a ellas.

Con haber dado el joven grandes facilidades al tribunal, las sesiones duraron tres días; que ya es sabido que aun en las circunstancias en que nada tienen que decir, los abogados charlan por los codos.

El fiscal habló por espacio de cuatro horas, fulminando sus rayos contra Jorge, el cual escuchó la inacabable perorata con la mayor tranquilidad y moviendo de tiempo en tiempo la cabeza en señal de asentimiento. Después, concluido el discurso del ministerio público, el presidente preguntó a Jorge si tenía algo que decir.

—Nada más sino que el señor fiscal ha estado muy elocuente—respondió el mulato.

El fiscal hizo una medida con la cabeza.

Cerradas las sesiones por el presidente, y teniendo que pronunciarse el fallo en ausencia del acusado para leérselo luego, Jorge fué llevado nuevamente a la cárcel, donde al punto pidió lo necesario para redactar su testamento, por permitírsele así las leyes inglesas, cuyas sentencias nunca envuelven la confiscación de bienes.

Jorge legó quince mil duros al médico que lo cuidara; cinco mil al director de la cárcel, mil a cada uno de los carceleros, y a Sara una sortija de oro que le venía de su madre.

En el instante en que el joven iba a firmar el mortuario documento, entró el actuario para leer la sentencia a aquél, que se levantó con la pluma en la mano para escucharla.

Como Jorge sospechara desde un principio, el tribunal lo había condenado a muerte.

Concluida la lectura, el mulato se sentó y firmó la sentencia con pulso firme; luego, salido que se hubo el actuario, se miró a un espejo para ver si estaba ahora más pálido; pero no, su rostro conservaba la misma palidez y la misma tranquilidad que antes.

—Tuve para mí que el escuchar uno su sentencia de muerte causaba impresión más honda—surró Jorge satisfecho de sí y sonriéndose.

En esto llegó el médico y por hábito le preguntó por su salud.

—Muy bien, doctor, muy bien—respondió Jorge;—ha hecho usted una cura maravillosa; lástima que no le den tiempo para terminarla.

Jorge preguntó si las ejecuciones se efectuaban como antes de la ocupación inglesa o si se habían modificado en sus procedimientos, y placióle grandemente el saber que en este punto las cosas continuaban como en lo antiguo. Para la sentencia de muerte no se valían en la isla de Francia ni de la innoble horca de Londres ni de la inmundada guillotina de París; no: las ejecuciones tenían en Puerto Luis algo de pintoresco y poético que no humillaba a Jorge. Un negro que hacía las veces de verdugo descabezaba de un hachazo al reo, y así murieron Carlos I y María Estuardo, Cinq-Mars y Thou. ¡Quién dijera que la manera como a uno lo matan influye poderosamente en el modo como uno soporta la muerte! El joven se enfrascó luego en una discusión fisiológica con el doctor, respecto de la probabilidad del padecimiento físico después de la decapitación. El médico sostuvo que la muerte había de ser instantánea; pero Jorge opinaba lo contrario, y citó dos ejemplos en apoyo de su parecer.

—En Egipto—dijo—vi descabezar a un esclavo: éste estaba de rodillas, el verdugo lo decapitó

de un tajo, y la cabeza fué a parar a siete u ocho pasos, mientras el cuerpo se erguía en pie, andaba torpemente un corto trecho, azotaba el aire con las manos, y caía, no muerto, sino agonizando. Otra vez, en Egipto también, asistí a una ejecución parecida, y, movido de mi eterno deseo de investigación, recogí la cabeza en el instante en que acababa de ser separada del cuerpo, la levanté por los cabellos hasta la altura de mi boca, y le pregunté en árabe si padecía; a lo cual el paciente abrió los ojos y movió los labios como para contestar. Me persuado, pues, que, a lo menos por breve espacio, la vida sobrevive a la ejecución.

El médico acabó por adherirse al parecer del joven, parecer que, entre paréntesis, era también el suyo; pero había creído de su deber el dar al condenado el único consuelo que podía procurarle: la promesa de una muerte suave e instantánea.

Aquel día pasó para Jorge como los precedentes, y si hubo alguna diferencia, fué que durante él el joven escribió a su padre y a su hermano, y aun se dispuso a hacerlo también para con Sara; pero, fuese cual fuese la causa que lo retuvo, es lo cierto que apartó de sí el papel y dejó caer la cabeza entre las manos, y que en esta actitud pasó largo rato. Luego, al levantar la frente con el gesto de orgullo y de desdén que le era habitual, quien lo hubiese visto habría notado que tenía ligeramente enrojecidos los ojos y que en sus largas y negras pestañas rehilaban dos mal enjugadas lágrimas. Es que desde el día en que se negara, en casa del gobernador, a casar con la hermosa criolla, no sólo no había vuelto a verla, mas tampoco oído hablar de ella. Con todo eso, Jorge no podía creer que Sara lo hubiese olvidado.

Llegada la noche, el mulato se acostó a la hora

de costumbre, y, como de costumbre también, se durmió profundamente. Luego, al levantarse, hizo que en su nombre llamaran al director de la cárcel, a quien dijo:

—Querría pedir a usted un favor.

—¿Cuál?—preguntó el director.

—Hablar un rato con el verdugo.

—Necesito la autorización de lord Murrey.

—¿Nada más que eso? Pues bien, pídasela usted en mi nombre, y como lord Murrey es todo un caballero, no negará este favor a un antiguo amigo.

Salióse el director ofreciendo al joven satisfacer sus deseos, e inmediatamente entró en el calabozo un sacerdote.

El mulato, en cuanto a religión, tenía las ideas que hoy los hombres de nuestra edad, los cuales, si no cumplen con las prácticas externas de la religión, en lo íntimo de su alma son impresionabilísimos en cuanto atañe a lo santo. Una iglesia sombría, un cementerio aislado, el paso de un ataúd, lo impresionaban más profundamente que cualquiera de los acaecimientos que con frecuencia trastornan el alma del vulgo.

Ahora bien, el sacerdote era uno de esos ancianos venerables que no se ocupan en convencer, pero que hablan con convicción; uno de esos hombres que, educados en medio de los grandes espectáculos de la naturaleza, han buscado y hallado a Dios en sus obras; en una palabra, era uno de esos corazones serenos que atraen a los corazones afligidos para consolarlos, tomando para sí una parte de sus dolores.

A las primeras palabras que Jorge y el sacerdote cruzaron, se tendieron ambos la mano. Lo que el anciano venía a reclamar del joven, no era una confesión, sino una plática íntima; y Jorge,

que si era soberbio ante la fuerza, era humilde ante la debilidad, se acusó de su orgullo. Como Satanás, era este su único pecado, y, como a Satanás, este pecado lo había perdido; pero fuerza es decir también que en aquella hora lo que lo sostenía era el orgullo, y el orgullo lo que lo hacía fuerte y grande, grande según los hombres, se entiende, no según Dios.

Una y otra vez le subió a Jorge del corazón a los labios el nombre de Sara; pero una y otra vez lo repelió a lo más hondo de su corazón, sombrío abismo donde se engullían tantas emociones y del que su rostro, cual manto de hielo, cubría la profundidad.

Mientras el sacerdote y el reo estaban hablando, abrióse la puerta y entró el director, que dijo al mulato:

—El individuo a quien usted deseaba ver está ahí fuera aguardando.

Jorge palideció un tanto, se estremeció ligeramente, y dijo:

—Que entre.—Y al ver que el sacerdote se levantaba para retirarse, lo detuvo, añadiendo:—Quédese usted, padre mío, lo que tengo que decir a ese hombre puede usted escucharlo.

¿Quién sabe si aquella alma orgullosa tenía necesidad, para conservar toda su fuerza, de un testigo que presenciase lo que iba a pasar!

En esto entró un negro membrudo como un Hércules, de mirar torpe, y con sólo un taparrabo color de fuego; el cual negro se volvió hacia el director, que lo había introducido, y, mirando alternativamente al sacerdote y a Jorge, preguntó:

—¿Cuál es de los dos?

—El joven—respondió el director saliéndose.

—¿Eres tú el verdugo?—preguntó friamente Jorge.

—Sí—respondió el negro.

—Está bien. Llégate acá, amigo mío, y dime si estás enterado de que tienes que ejecutarme mañana.

—A las siete de la mañana—profirió el negro adelantándose dos pasos.

—¡Ah! ¿a las siete de la mañana? Gracias por la nueva. Pedí informes sobre el particular y se negaron a dárme las. Pero no se trata de eso.

El sacerdote sentía desfallecimientos.

—Nunca he presenciado una ejecución en Puerto Luis—continuó Jorge,—y como deseo que todo pase debidamente, te he enviado a buscar para que juntos hagamos lo que en términos teatrales se llama un ensayo.

El negro no comprendió a Jorge, el cual, se vió obligado a explicarle con más claridad su pensamiento.

Entonces el negro cogió un taburete, lo puso en el centro del calabozo, hizo que Jorge se situara ante el simulado tajo, a la distancia en que había de arrodillarse, le indicó el modo como había de colocar en el tajo la cabeza, y le prometió descabezarlo de un solo golpe.

El anciano se levantó para marcharse, pues no se hallaba con fuerzas para soportar aquella extraña prueba, en la cual los dos actores principales conservaban una impassibilidad igual, el uno por embrutecimiento del espíritu, y el otro por elación de alma; pero le faltaron las fuerzas y cayó nuevamente en el sillón.

Jorge, satisfecho su deseo, se quitó del dedo una sortija guarnecida con un diamante, y dijo al negro:

—Como no traigo dinero encima y no quiero que hayas perdido del todo el tiempo, toma esta sortija.

—Tengo prohibido el recibir cosa alguna de los reos—contestó el negro;—pero como los heredo, vuelva usted al dedo la sortija, y mañana, cuando haya usted muerto, se la quitaré.

—Está bien—repuso Jorge, poniéndose otra vez e impasiblemente la sortija al dedo.

Salido que se hubo el negro, Jorge se volvió hacia el sacerdote; el cual, pálido como un difunto, le dijo:

—Hijo mío, pláceme haber encontrado una alma como la de usted: esta es la primera vez que acompaño a un reo al patíbulo, y temí desfallecer; pero usted me sostendrá, ¿no es eso?

—Nada tema usted, padre mío—repuso el joven.

El sacerdote, cura que era de una iglesuela apellidada de San Salvador, situada en el camino real, en la que solían detenerse los reos para oír por última vez la misa, se salió también, prometiendo volver por la noche.

Lo que pasó por el alma y por el rostro de Jorge, cuando se hubo quedado solo, nadie lo sabe; quizá la naturaleza, implacable acreedora, recobró sus derechos; quizá Jorge fué tan débil cual antes fuerte; quizá una vez caído el telón entre el público y el actor, la impasibilidad aparente desapareció para hacer sitio a una angustia real. Sin embargo, es probable que no fué así, pues cuando el carcelero abrió la puerta para servir la comida al joven, halló a éste liando un cigarrillo con tanta tranquilidad como pudiera haberlo hecho un hidalgo en la Puerta del Sol o un lechuguino en el bulevar de Gante.

Jorge comió con el apetito que solía, y recomendó al carcelero que le hiciese preparar un baño para las seis de la mañana siguiente y lo despertase a las cinco y media.

Con frecuencia, al leer en un libro o en un pe-

riódico que habían tenido que despertar a este o al otro reo, Jorge se había preguntado a sí mismo si en realidad el tal reo estaba dormido. Ahora iba a hacer en sí propio la experiencia.

A las nueve entró el sacerdote, y al ver a Jorge leyendo en la cama, le preguntó qué libro era el en que de tal suerte buscaba una preparación a la muerte, si el Fedón o la Biblia.

—No, padre mío—respondió el joven mostrando el libro al sacerdote,—es el *Pablo y Virginia*.

¿No es singular que en aquellos terribles momentos Jorge hubiese escogido aquella tranquila y poética historia?

El sacerdote pasó dos horas junto al mulato, que puede decirse fué el único que habló, explicando a aquél la manera cómo comprendía él a Dios, y desenvolviendo sus teorías sobre la inmortalidad del alma; y si en el estado ordinario de la vida Jorge era elocuente, durante aquella velada suprema estuvo sublime.

No era el sacerdote quien enseñaba, sino el reo; no era el reo quien escuchaba, sino el sacerdote.

A las once el joven recordó al ministro del Señor que ya era hora de separarse, y le hizo observar que, para poder él conservar todas las fuerzas en la mañana siguiente, necesitaba tomar algún reposo.

En el momento en que el anciano se salió, pareció librarse una violenta lucha en el alma de Jorge, pues éste llamó al sacerdote.

—¿Qué hay, hijo mío?—preguntó el anciano entrando nuevamente en el calabozo.

—Nada, padre mío—respondió el joven haciendo un grande esfuerzo sobre sí mismo.

Jorge no decía la verdad; lo que le subía a los labios y pugnaba por salir de ellos, era como siempre, el nombre de Sara; pero también ahora marchóse el anciano sin haberlo oído.

Cuando al día siguiente, a las cinco y media, el carcelero entró en el calabozo de Jorge, halló a éste profundamente dormido.

—Era verdad—profirió Jorge al despertarse;—un reo de muerte puede dormir durante su postre-ra noche.

¿Pero hasta qué hora veló el mulato para conseguir dormirse? Sólo él lo sabía.

Trajeron el baño, y, tras el baño, entró el médico.

—Ya lo ve usted—dijo el joven al galeno,—hago lo que los antiguos; los atenienses tomaban un baño en el momento de salir para el combate.

—¿Cómo está usted?—le preguntó el médico, no sabiendo qué decirle.

—Muy bien—respondió Jorge sonriéndose;—y empiezo a creer que no moriré de la herida.—Y cogiendo su testamento, ya cerrado, y entregándoselo al médico, añadió:—He nombrado a usted mi albacea testamentario; en este trozo de papel hallará usted tres líneas que le interesan: he querido dejar a usted un recuerdo mío.

El médico se enjugó una lágrima y tartamudeó algunas palabras de agradecimiento.

Jorge se metió en el baño, y poco después dijo:

—Doctor ¿cuántas pulsaciones por minuto tiene un hombre sosegado y con buena salud?

—De sesenta y cuatro a sesenta y seis.

—Tómeme usted el pulso—repuso el mulato;—quiero saber qué efecto produce en mi sangre la proximidad de la muerte.

—Sesenta y ocho—profirió el médico al cabo de un minuto, durante el cual no apartó de su reloj los ojos para ir contando las pulsaciones.

—Ea, no estoy descontento del todo—exclamó Jorge.—¿Y usted, doctor?

—Es maravilloso—repuso el médico;—¿por ventura es usted de bronce?

—¡ Ah! señores blancos—profirió Jorge sonriéndose con orgullo,—¿tienen ustedes prisa de verme morir? Lo concibo; quizá tenían ustedes necesidad de una lección de valor. Nada teman, yo voy a dársela.

En esto entró el carcelero y anunció al reo que eran las seis.

—Mi querido doctor—dijo el joven,—¿me da usted licencia para salirme del baño? Con todo, no se aleje usted, pues me holgaría grandemente apretarle la mano antes de salir de la cárcel.

El médico se retiró.

Jorge salió del baño, se puso unos pantalones blancos, botas de charol, camisa de batista de la que él mismo escotó el cuello, se llegó a un espejillo y se arregló cabellos, bigote y barba con tanto y mayor cuidado que si hubiese tenido que asistir a un baile. Luego se encaminó a la puerta y llamó a ella para indicar que estaba dispuesto.

El sacerdote entró y miró a Jorge, el cual, en verdad, nunca había estado tan hermoso: los ojos le chispeaban, y la frente parecía irradiarle.

—¡ Oh! hijo mío, hijo mío—dijo el sacerdote,—guárdese usted del orgullo; el orgullo le ha perdido el cuerpo, y si no pone usted cuidado va a perderle el alma.

—Ya rogaré usted por mí, padre mío—repuso Jorge,—y estoy seguro de que Dios nada negará a un varón tan santo como usted.—Y al ver al verdugo en la penumbra de la puerta, añadió:—¡ Ah! ¿eres tú, amigo mío? Llégate acá

El negro iba envuelto en una gran capa bajo la cual escondía su hacha.

—¿Está bien afilado tu instrumento?—preguntó Jorge.

—Sí, nada tema usted—respondió el verdugo.

—Bueno—repuso el joven. Y notando que el

negro buscaba en su mano el diamante que él le prometiera, y del que por casualidad el engaste estaba vuelto hacia la palma, añadió:—Nada temas tú tampoco, tendrás la sortija; pero ¡bah! para que no te cueste el trabajo de quitarla, tómelala usted, padre mío.

Jorge se quitó la sortija y la entregó al sacerdote, indicándole con una seña que estaba destinada al verdugo. Luego se acercó a una pequeña papelera, la abrió y sacó de ella las dos cartas que escrito había, una para su padre y la otra para su hermano, y asimismo las puso en manos del sacerdote, al cual nuevamente pareció comunicar algo. En efecto, le puso la mano en el hombro, lo miró de hito en hito y movió los labios; pero ahora también pudo más en él su voluntad que su emoción, y el nombre que pugnaba por escapársele del pecho murió en su boca tan débil, que nadie lo oyó.

En esto sonaron las seis.

—Vamos—profririó Jorge saliéndose de su calabozo seguido del sacerdote y del verdugo.

Al pie de la escalera el joven encontró al médico que lo estaba aguardando para darle el adiós postrero.

—Recomiendo a usted mi cuerpo—articuló Jorge al oído del médico y apretándole la mano.

XXVIII

LA IGLESIA DE SAN SALVADOR

A la puerta de la calle se apiñaba la muchedumbre; que como en Puerto Luis son rarísimos los espectáculos, todo el mundo quería ver, si no morir, a lo menos pasar al reo.

Consultado por el director de la cárcel, Jorge había solicitado del gobernador ir a pie hasta el patíbulo. De tal suerte, el joven se avanzó escoltado por ocho artilleros montados que lo aguardaban a la puerta y entre dos filas de soldados ingleses que formaban cordón y a la par que vigilaban al reo contenían a los curiosos.

Al presentarse Jorge a la vista del público, levantóse un rumor; sin embargo, contra lo que el mulato esperaba, en aquel rumor no predominaba el acento de odio, sino el interés y la compasión; y es que un hombre hermoso y altivo puesto en presencia de la muerte ejerce siempre una fascinación incontrastable.

Jorge, con pasar algo terrible en su corazón, andaba con firmeza, erguida la frente y sereno el rostro. El joven pensaba en Sara, que no había dado paso alguno para verlo, ni escrito una línea, ni enviado un recuerdo; en Sara, en la que él había puesto toda su fe, y a la cual debía su última decepción. Verdad que con el amor de Sara habría añorado la vida, y que el olvido de la criolla era la hez de su cáliz. Además, junto a su amor vendido, murmuraba su orgullo humillado. Jorge, pues, vió frustradas todas sus esperanzas; su superioridad no lo llevó a meta alguna. El final de su larga lucha era el patíbulo, al cual se encaminaba abandonado de todos, y sin dejar tras sí otra opinión que la de ser un insensato. De tiempo en tiempo y mientras avanzaba y miraba a una y otra parte, se sonreía respondiendo a sus pensamientos; pero si su sonrisa era exteriormente parecida a todas las sonrisas, interiormente era de hiel. Con todo eso Jorge esperaba ver a Sara en una u otra esquina, en una u otra ventana; porque si la criolla había dejado caer ante él su ramo, cuando llevado por *Antrim*, vencedor, corría al